



Texto por: Ramón del Valle Vela
-titiritero de si mismo-
ramon@paliketeatro.es

ANATOMIA DE LA CIUDAD MUERTA

En la Ciudad Muerta encontramos todo tipo de cadáveres pusilánimes¹: zombis que transitan sin descanso por el laberinto angosto de las catacumbas, buscando al enterrador para implorarle alguna prebenda; fantasmas que se ufanan de lo que nunca fueron; almas en pena que vagan eternamente con el lamento inútil de su desventura.

Hay muertos -más vivos que otros- hinchados de propia satisfacción, que ya no caben en sus nichos y reclaman para ellos solos toda la plenitud del cementerio (a los demás que los incineren, que así no ocupan espacio.) Vemos siniestros difuntos que no quieren ser "santa compañía", porque berrean solitarios a la noche lúgubre como machos cabríos. Y hallamos también ilustres fiambres que, cual lázaros, de vez en cuando y con estupor de todos; iresucitan!

Pero en la Ciudad Muerta encontramos otros cadáveres heroicos, muertos de abandono, que deambulan dementes mascullando un triste soliloquio². Se acompañan de un cortejo de hipócritas plañideras que portan ramos marchitos de buena voluntad, apoyos morales y adhesiones inquebrantables.

Con tanto cadáver, en la Ciudad Muerta sólo hay trabajo para obvios forenses que certifican que el difunto ya no vive, adustos funcionarios de pompas fúnebres y sinies

tros enterradores. Son tan eficaces en su oficio, que si algún muerto catatónico resucita después del réquiem ya camino al cementerio, van y de paso lo entierran para no hacer el viaje en balde.

Es sumamente fácil penetrar en la Ciudad Muerta, ni murallas, ni puertas, ni ningún "Can Cervero"³ nos aguarda para franquear la entrada, porque la mediocridad jamás ha necesitado protegerse. La Ciudad es un potente imán, un agujero negro que atrapa sin remedio a los indiferentes, los prepotentes, los insolidarios, los oportunistas, los desleales, los envidiosos, los arrogantes... pero también a los perezosos, los lastimosos, los incautos y los confiados; para convertirlos en difuntos perpetuos.

Pero en la Ciudad Muerta no todo son cadáveres macilentos, herrumbre, polvo y espesas telarañas. Hay lugares recónditos donde el agua murmura y un aroma de flores se desvanece. Parajes con atisbo de vida que reverdece, donde almas puras y espíritus libres se concilian en torno a un coro celestial de voces blancas que perturban la silente paz del cementerio. Rara vez, algún difunto pusilánime, fascinado del prodigioso arrullo, penetra en ese mítico *Shangri-La*⁴